

EL MONUMENTO AL OBISPO OSIO EN CÓRDOBA

THE MONUMENT TO THE BISHOP OSIO IN CÓRDOBA

POR JOAQUÍN MANUEL ÁLVAREZ CRUZ
Universidad de Sevilla, España

En este artículo se estudia el monumento al obispo Osio erigido en 1926 con motivo del XVI Centenario del Concilio de Nicea que él presidio. Se levanta en la cordobesa plaza de Capuchinas y fue realizado por el escultor Lorenzo Coullaut Valera.

Palabras clave: escultura, monumento público, Lorenzo Coullaut Valera, Córdoba, España, siglo XX.

In this article the monument is studied bishop Osio erected in 1926 with reason of the XVI Centennial of the Council of Nicea that him prison. He/she gets up in the Cordovan square of Capuchinas and it was carried out by sculptor Lorenzo Coullaut Valera.

Keywords: Sculpture, public monument, Lorenzo Coullaut Valera, Córdoba, Spain, 20th century.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

La iniciativa de levantar un monumento a Osio en Córdoba partió del obispo de su diócesis Adolfo Pérez Muñoz, quien deseaba hacer coincidir su inauguración con el XVI Centenario del Concilio de Nicea (325 d.C.), donde el que había sido su antecesor en aquella sede episcopal jugó un muy relevante papel en la lucha contra el arrianismo. Como pretendía que se ubicase en un lugar destacado de la ciudad, se puso en contacto con su alcalde José Cruz Conde. Y aunque las conversaciones se dilataron, al final llegaron a buen puerto en el verano de 1925, acordándose el copatrocinio de la erección.

La noticia fue publicada en Madrid por el rotativo *El Debate*, pero de inmediato se hizo eco de ella el *Diario de Córdoba* que la dio a conocer en la ciudad el 16 de julio de 1925. En su editorial informaba del propósito de ambos mecenas y adelantaba que la ejecución de la estatua quedaría a cargo del escultor Lorenzo Coullaut Valera. Además, daba cuenta de las gestiones que el obispo cordobés estaba realizando para formalizar, a finales de octubre o principios de noviembre, una peregrinación a Roma para ganar el jubileo de aquel Año Santo de 1925¹.

1 “El Monumento a Osio”, en *Diario de Córdoba*, Córdoba, 16-VII-1925, pág. 1.

Las palabras de agradecimiento que el periódico dedicaba al prelado por la iniciativa monumental, lo confirmaban como promotor de la idea, circunstancia que resultaba bastante inusual en un alto representante de la Iglesia española, institución que en muy raras ocasiones impulsaba de modo directo la erección de un monumento público. A tal fin, siempre había preferido un camino indirecto, a través de alguna de las múltiples asociaciones parajerárquicas. De modo que cabría preguntarse acerca de las razones que motivaron aquella actuación.

En primera instancia podría pensarse que el obispo cordobés era un entusiasta de este tipo de conmemoraciones pétreas, al hilo de que años más tarde también sería el inspirador del monumento al Sagrado Corazón, erigido en el paraje de las Ermitas y dedicado a recordar la consagración de la diócesis a esta advocación. Sin embargo, si ponemos en relación la erección del monumento a Osio, figura principal del Concilio de Nicea, con su proyecto de peregrinación a Roma, donde los feligreses de su diócesis además de beneficiarse del jubileo respaldarían a la Iglesia con su masiva presencia –ya que rendirían pleitesía al Papa y se sumarían a los actos de aquel Año Santo, especialmente dedicado a la institución de una nueva devoción la de Cristo Rey, que habría de ser punta de lanza en la lucha de la Iglesia contra el laicismo de la sociedad contemporánea–, advertimos que bajo ambas acciones se halla la puesta en práctica de los dictados dimanados de la política vaticana trazada por Pío XI².

La Iglesia, durante todo el siglo XIX, fue perdiendo sus potestades terrenales como consecuencia del triunfo de las teorías políticas heredadas de la ilustración dieciochesca. Nacionalismo, liberalismo, socialismo, naturalismo, materialismo, etcétera, que entendían la faceta temporal del catolicismo como un vestigio reaccionario del Antiguo Régimen, por ellas combatido. En consecuencia, los nuevos Gobiernos de las principales naciones de Europa legislaron para limitar o suprimir la autoridad de la jerarquía católica. En España, entre 1835 y 1836, se promulgaron las leyes desamortizadoras de Mendizábal; en Alemania, Bismarck sancionó su *Kulturkampf* con los decretos de 1873; y en Francia, nada más iniciarse el siglo XX, en 1905, Combes derogó el concordato con la Santa Sede y a continuación expropió los bienes eclesiásticos. Pero el golpe principal lo infligieron los ejércitos del Piamonte, cuando el 20 de septiembre de 1870 ocuparon los Estados Pontificios, que pasaron a formar parte de la naciente monarquía italiana³.

2 “Pío XI (1857-1939)”, en *La Santa Sede-II Santo Padre*, http://www.vatican.va/holy_father/pius_xi/biography/documents/hf_p-xi_bio_20070330_biography_it.html [26-05-2009, 11:11]. “SS. Pío XI”, en *Los Papas del siglo XX*, <http://multimedios.org/pontifices/pioxi.htm> [26-05-2009, 11:15]. “Pío XI”, en *Wikipedia*, http://es.wikipedia.org/wiki/P%C3%ADo_XI [26-05-2009, 11:19].

3 DEBIDOUR, A., *L'Église Catholique et l'État sous la Troisième République: (1870-1906)*, Paris Felix Alcan, 1906-1909, t. II, págs. 339-484. MARTÍN HERNÁNDEZ, Francisco, *Iniciación a la historia de la Iglesia, II. Edad Moderna y Edad Contemporánea*, Madrid, Sigueme, 2008, págs. 337-341. SÁNCHEZ HERRERO, José, *Historia de la Iglesia en España e Hispanoamérica: desde sus inicios hasta el siglo XXI*, Madrid, Sílex, 2008, págs. 310-313, 316-320. *Historia de la Iglesia Católica*, en <http://www.paralibros.com/tm190/p19-soc/drrelca09.htm> [26-05-2009, 11:15]. *La Iglesia Católica durante el siglo XX*, en <http://html.rincondelvago.com/iglesia-catolica-durante-el-siglo-xx.html>, [26-05-2009, 11:35]. “Juan Álvarez Mendizábal”, en *Wikipedia*, <http://es.wikipedia>.

La pérdida de sus posesiones materiales, base de la independencia del papado, tuvo por respuesta una reactivación espiritual que fortaleció la unidad jerárquica y religiosa de la Iglesia. Un papel fundamental dentro de esta labor, lo jugaron los pontífices con su magisterio. Desde Pío IX, que con su enclaustración vaticana intentó responder moralmente a la actuación de Víctor Manuel de Saboya, hasta Juan Pablo II, con sus constantes viajes apostólicos, todos ellos procuraron recuperar para la Iglesia, aunque sólo a nivel espiritual, el lugar que desde sus orígenes siempre ocupó en el orbe, como institución fundada por Jesucristo y depositaria del mensaje evangélico. De todas maneras, tal vez fuese Pío XI, el que más éxitos logró en esta tarea, gracias a la firmeza de su carácter, lo certero de su actuación, y lo largo de su pontificado⁴.

La magnífica labor llevada a cabo por Benedicto XV, en favor de la humanidad doliente, durante la Primera Guerra Mundial, contribuyó grandemente a revalidar el prestigio moral del papado. Sin embargo, éste quedó totalmente excluido en las negociaciones de Versalles, por lo que no pudo solucionar el problema político que venía arrastrando desde los tiempos de Pío IX⁵. Esta circunstancia fue tenida en cuenta por Pío XI, quien al acceder a la cátedra de San Pedro, el seis de febrero de 1922, colocó su pontificado bajo el lema: “La Paz de Cristo en el Reino de Cristo”, donde se recogían las enseñanzas de su predecesor y las metas temporales y espirituales de su actuación. “La Paz de Cristo”, procuró llevarla al mundo a través de la concertación nacional, el apaciguamiento de la lucha de clases, el socorro de las calamidades que azotaban al género humano y el intento de que los hombres se sometiesen a la ley de Dios. “El reino de Cristo” quiso acercarlo a los hombres acentuando la presencia de la Iglesia entre ellos. A los que llevaban largo tiempo en el seno de la catolicidad, buscó resolverles sus problemas morales con la publicación de importantes encíclicas. En paralelo, fomentó su militancia cristiana favoreciendo la formación de asociaciones, como Acción Católica. Además, incentivó sus sentimientos de unión con la Santa Sede remozando antiguas solemnidades litúrgicas, creando otras nuevas y celebrando a lo largo de su pontificado tres Jubileos. Para los de reciente llegada a la Iglesia, dio un gran impulso al movimiento misional. Los unió a la jerarquía con la creación de nuevas diócesis y vicariatos. Y los arraigó sentimentalmente con la beatificación y canonización de destacados cristianos de aquellas latitudes eclesiales. No obstante, el reino de Cristo y su soporte, la Iglesia, como institución humana y divina, necesitaban de su sustento temporal, cuya definición jurídica y su espacio geográfico –la cuestión romana– estaban por resolver desde el

org/wiki/Mendiz%C3%A1bal [26-05-2009, 11:32]. “Otto von Bismarck”, en *Wikipedia*, <http://es.wikipedia.org/wiki/Bismarck>, [26-05-2009, 12:01]. “Emile Combes”, en *Biografías y vidas*, <http://www.biografiasyvidas.com/biografia/c/combes.htm> [26-05-2009, 12:09]. “Unificación de Italia”, *Wikipedia*, http://es.wikipedia.org/wiki/Unificaci%C3%B3n_de_Italia [26-05-2009, 12:14].

4 HETTERLING, Ludwig, *Historia de la Iglesia*, Barcelona, Herder, 1993, págs. 453-67, 482-524.

5 SABA, Agostino y CASTIGLIONI, Carlo, *Historia de los Papas*, Barcelona, Labor, 1964, t. II, págs. 703-714. “Benedicto XV”, en *Wikipedia*, http://es.wikipedia.org/wiki/Benedicto_XV [26-05-2009, 12:30].

siglo anterior. A esta labor dedicó Pío XI gran parte de sus esfuerzos, que culminaron con la firma, el 11 de febrero de 1929, de los Pactos de Letrán entre el Estado italiano y la Santa Sede. De este modo, a su muerte en 1939 y tras 17 años de febril actividad, Pío XI dejó formulado el actual estatus político de la Iglesia⁶.

¿Pero, cómo se engarza en la política vaticana de Pío XI, cuyas líneas fundamentales acabamos de comentar, el monumento a Osio y la peregrinación jubilar a Roma, organizada por el prelado cordobés? La clave, la podemos encontrar en la encíclica *Quas Primas*, dada por el Sumo Pontífice el 11 de diciembre de 1925, donde explica el principal empeño de la Iglesia durante aquel año santo de 1925: la institución de la festividad de Cristo Rey, que habría de ser la bandera de los católicos contra el laicismo y una exhortación a la lucha por devolver a Cristo, en los foros públicos, los derechos y honores que su condición real exigía.

En su texto el Sumo Pontífice, tras fundamentar con todo tipo de argumentos teológicos, morales y religiosos la potestad real de Cristo y enumerar los frutos que el establecimiento de la festividad litúrgica de Cristo Rey –en el último domingo de octubre de cada año– pretendía lograr para la humanidad, señalaba, que sus precedentes habían sido las consagraciones al Sagrado Corazón de Jesús, los congresos eucarísticos y los jubileos encaminados a sacar a Cristo del sagrado silencio de los templos y llevarlo triunfante por las vías públicas, y que su institución en aquel Año Santo de 1925, sería acompañada por diversas solemnidades: la Exposición Misionera, las canonizaciones, la peregrinación jubilar a Roma y la conmemoración de XVI Centenario del Concilio de Nicea, por cuanto en él se definió el dogma de la consubstancialidad del Unigénito con el Padre, fundamento del imperio de Cristo sobre todos los pueblos, como ponía de manifiesto el que en su símbolo se incluyese la frase “Cuius regnis non erit finis”, clara proclamación de su dignidad real⁷.

Por tanto, la peregrinación de los feligreses cordobeses a Roma y la erección del monumento a Osio, en recuerdo de su papel en el Concilio de Nicea –donde se venció a los arrianos y se aceptó la realeza de Cristo–, obedecieron al cumplimiento por el obispo de Córdoba de los dictados trazados por la política vaticana para el año 1925. No obstante, la cooperación del Ayuntamiento local en la construcción del monumento, aunque aparentemente hacía realidad la, tan deseada por el Vaticano, estrecha relación entre la Iglesia y el Estado, sólo tuvo una condición puntual, explicable por dos razones.

6 SABA, Agostino y CASTIGLIONI, Carlo, *Historia de...*, op., cit., t.II, págs. 714-733. HETTERLING, Ludwig, *Historia de...*, op., cit., págs. 493-494. FAZIO FERNÁNDEZ, Mariano, *Historia de las ideas contemporáneas, un proceso de secularización*. Madrid, Rialp, 2006, págs. 371-73. “SS. Pío XI”, en *Los Papas del siglo XX*, <http://multimedios.org/pontifices/pioxi.htm> [26-05-2009, 13:04].

7 FAZIO FERNÁNDEZ, Mariano, *Historia de las ideas...*, op., cit., págs. 373-76 y 379. TÓTH, Tihamer, *Cristo Rey o Jesucristo y nuestro siglo*, Madrid, Atenas, 1946, *passim*. No obstante, el texto íntegro de la encíclica aparece como apéndice en las págs. 273-29 del texto citado anteriormente, y además puede consultarse en “Magisterio de la Iglesia, carta encíclica *Quas Primas*”, http://ar.geocities.com/magisterio_iglesia/pio_11/quas_primas_3.html#e [26-05-2009, 13:49].

La primera, porque el homenaje a Osio también llevaba aparejado la exaltación de los valores patrios, a través de una figura cuya significación histórica le daba una dimensión universal que trascendía lo puramente religioso; y la segunda, porque durante el Directorio militar del general Primo de Rivera, ascendieron al Gobierno de España, a través de los militares, miembros de los sectores sociales depositarios, en gran medida, de los valores del pensamiento tradicionalista español, de suyo católico, a los que no les producía sonrojo cooperar con la Iglesia.

De todos modos, aunque la colaboración se produjo, también se mantuvo una clara separación de las tareas. La erección del monumento quedó en manos del Ayuntamiento cordobés, mientras que la campaña de concienciación sobre la importancia del papel de Osio en la historia de la Iglesia y sobre el orgullo que su figura representaba para Córdoba y España, fue llevada a cabo por el obispado, que procuró mentalizar a los cordobeses para que tomaran parte en los actos conmemorativos del XVI Centenario del Concilio de Nicea y en la peregrinación jubilar de aquel Año Santo.

Lo más destacado de aquella campaña fue la pastoral que Adolfo Pérez Muñoz dirigió a sus feligreses, y de la que dieron exacta referencia, con su completa publicación, varios rotativos cordobeses, entre ellos el *Diario de Córdoba*, cuya primera página ocupó desde el 19 al 29 de agosto de 1925. Su frontispicio fue la carta, fechada el 23 de agosto, de monseñor Tesdeschini, el nuncio de Su Santidad en España, donde la Santa Sede, por boca de su representante, daba su beneplácito a estos actos conmemorativos, incluidos el monumento y la peregrinación a Roma⁸.

A la peregrinación convocada por su obispo, respondieron numerosos cordobeses, de tal manera que junto a él partieron hacia Roma el 24 de octubre de 1925, día de San Rafael, patrón de la ciudad. El trayecto fue realizado en ferrocarril, llegando a la capital italiana el día 31, para regresar a Córdoba, después de haber recorrido las más importantes capitales italianas, el 18 de noviembre⁹.

Por su parte, el alcalde José Cruz Conde, una vez informados los cordobeses de las gloriosas hazañas que su compatriota Osio había realizado en favor de la ortodoxia católica frente al arrianismo, puso en marcha el aparato burocrático consistorial que permitiría la erección de su monumento.

En la sesión ordinaria de la Comisión Permanente, del jueves 29 de octubre de 1925, el alcalde de Córdoba presentó una moción en la que, tras recordar la figura de Osio e informar de todo lo realizado en torno a la perpetuación de su memoria, proponía la aprobación de la idea de levantarle una estatua y del artista que había elegido para hacerlo: Lorenzo Coullaut Valera, en sus palabras, “el más destacado escultor español en cuanto a la representación de figuras religiosas y eclesiásticas”. Aprobadas por unanimidad sus iniciativas, la Comisión, encargó a Coullaut Valera la elaboración del proyecto y presupuesto, que en su día, lo mismo que el acuerdo de adjudicación, habrían de ser sometidos al pleno municipal para que resolviese sobre su excepción

8 “Pastoral del Prelado de Córdoba”, en *Diario de Córdoba*, Córdoba, 19-VIII-1925, pág. 1.

9 “La Peregrinación en Memoria de Osio”, en *Diario de Córdoba*. Córdoba, 6-VII-1925, pág. 1.

del preceptivo concurso. También se dispuso que el monumento se ubicase en la plaza de Capuchinas, lugar céntrico sobre el que coincidía la circunstancia de ser el núcleo del antiguo perímetro romano de Córdoba. Y por último se decidió que su coste fuese sufragado por el Cabildo a cargo del presupuesto ordinario¹⁰.

La circunstancia de provisionalidad que caracterizó a los ayuntamientos durante el Gobierno de Primo de Rivera, convirtió en pura fórmula legal la exigida resolución del pleno, ya que éstos nunca se celebraban, lo que facilitó la puesta en marcha de los trabajos para la construcción del monumento. De esta manera, a la semana justa de emitido el dictamen de erección, el 15 de noviembre, el arquitecto municipal presentó ante la Comisión Permanente los presupuestos de las obras de acondicionamiento pertinentes en la plaza de Capuchinas. Consistirían en una reforma de los elementos vegetales allí existentes, de modo que se adaptasen a la recepción de la estatua, y en la ejecución de unos trabajos de cantería consistentes en la colocación de un pavimento pétreo y de dos bancos en idéntico material, destinados a acentuar la importancia urbana de la plaza. Sus detalles se pormenorizaban en las sendas memorias que acompañaban a ambos presupuestos, ascendiendo el de jardinería a 5.800 pesetas y el de fábrica a 11.050,11 pesetas. Sin mayor discusión fueron aprobados y consignados al presupuesto municipal ordinario, aunque su tramitación corrió por separado, cargándose, por tanto, a diferentes apartados del mismo. Además, las correspondientes obras fueron exceptuadas de los trámites de subasta, con arreglo al número cuatro del artículo 164 del Estatuto Municipal, lo que permitía su realización por vía administrativa o por contratación directa¹¹.

Con estos trámites burocráticos, el Ayuntamiento cordobés ultimó todos los trabajos que le concernían en esta primera etapa de la erección de la estatua. Los restantes, quedaban en manos del escultor encargado de labrarla.

La confirmación oficial del encargo, la recibió Lorenzo Coullaut Valera con la visita que el alcalde de Córdoba le hizo a su estudio. Partió Cruz Conde hacia Madrid en la mañana del 6 de noviembre de 1925, para tratar, entre otros asuntos, éste del monumento. Las conversaciones con el artista pusieron de manifiesto que la estatua podría estar terminada y colocada en su sitio para finales de diciembre de aquel año o en enero de 1926, por cuanto los bocetos definitivos estaban ya ultimados, circunstancia que no debe de extrañarnos si tenemos en cuenta que los primeros contactos al respecto se mantuvieron con el escultor a principios del verano de 1925¹².

10 (A)rchivo (M)unicipal del (A)yuntamiento de (C)órdoba, *Libro de Actas Capitulares del Ayuntamiento de Córdoba, desde el 22 de octubre de 1925 al 29 de abril de 1926*, sesión ordinaria de la Comisión Permanente del 29 de octubre de 1925, folio 9 vuelto y 11 recto.

11 A.M.A.C. *Libro de Actas Capitulares del Ayuntamiento de Córdoba del 22 del X de 1925, al 29 del IV de 1926*, sesión ordinaria de la Comisión Permanente Municipal del Ayuntamiento de Córdoba, del día 5 de noviembre de 1925, folio 15, recto y vuelto.

12 “Manifestaciones del alcalde de Córdoba a su regreso de Madrid”, en *Diario de Córdoba*, Córdoba, 26 de noviembre de 1925, pág. 1.

Como ocurre casi siempre en este tipo de empresas, llegaron los retrasos, aunque en esta ocasión no se dilataron más allá de tres meses, de tal manera que la inauguración tuvo lugar en abril de 1926.

Las reformas en la plaza de Capuchinas debieron llevarse a cabo entre finales de febrero y marzo, si tenemos en cuenta que en la sesión ordinaria de la Permanente Municipal, de 18 de marzo de 1926¹³, se aprobó un certificado del arquitecto municipal, relativo a las obras ejecutadas en el monumento, que se le estaba levantando a Osio. Posiblemente se refiriese a las labores de pavimentación y jardinería, subsiguientes a las de cimentación del monumento, entre las que destacaron el empedrado con guijarro cordobés en dos colores y la colocación de varias palmeras como telón de fondo vegetal a la estatua.

Por su parte, el apartado propiamente escultórico del conjunto quedó oficialmente acabado el 22 de abril, con la moción que el alcalde presentó en la sesión que aquel día celebraba la Permanente Municipal. En ella informó de la conclusión del monumento, hasta en sus más mínimos detalles, y se fijó para el domingo siguiente la fecha de su inauguración. A tal fin se demandó el nombramiento de una comisión de concejales que se encargase de la organización de los actos encaminados a solemnizar la inauguración y la visita que con tal motivo realizaría a Córdoba el nuncio de Su Santidad en España¹⁴.

No obstante, con las prisas, los dos bancos de traza romana que había de ornamentar y dar mayor confortabilidad a la plaza quedaron sin colocar, por lo que fue necesaria una determinación extraordinaria del alcalde accidental, Sr. Janguito, en la que ordenaba al arquitecto municipal procediese a su instalación y, asimismo, montase las tribunas de autoridades para la ceremonia¹⁵.

La concatenación que este monumento mantenía con las directrices principales de la política vaticana de Pío XI, fue subrayada con la presencia en los actos de su inauguración del nuncio pontificio para España, monseñor Tedeschini,. Invitado por el Ayuntamiento cordobés y el prelado local, llegó a la capital andaluza, desde Madrid, a las siete de la tarde del sábado 24 de abril de 1926. Fue recibido en la estación de ferrocarril por los gobernadores civil y militar, el obispo de Córdoba, el alcalde de la ciudad, y demás autoridades; y desde ella, en protocolaria comitiva, se trasladó al Palacio Episcopal, donde se llevó a cabo la recepción oficial¹⁶.

A primera hora del día siguiente, domingo 25, y como solemnidad previa a los actos de la jornada, tuvo lugar en la catedral de Córdoba la celebración de la Santa Misa, oficiada por monseñor Tedeschini junto a altas jerarquías de la diócesis. Asistieron las autoridades locales y representaciones de la vida ciudadana que, con el abundante público participante, significaron y engrandecieron la presencia del nuncio. Tras el desayuno, las personalidades

13 “La Comisión Permanente del Ayuntamiento”, en *Diario de Córdoba*, Córdoba, 19-III-1926, pág. 1.

14 A.M.A.C. *Libro de Actas Capitulares del 22 de octubre de 1925 al 29 de abril de 1926*. Sesión Ordinaria de la Permanente Municipal del jueves 22 de abril de 1926. Folio 249, recto y vuelto.

15 “Inauguración de la estatua de Osio”, en *Diario de Córdoba*. Córdoba, 22-IV-1926, pág. 1.

16 “El nuncio de Su Santidad en Córdoba”, en *Diario de Córdoba*. Córdoba, 25-IV-1926, pág. 1.

locales –entre las que estuvo José Cruz Conde, el exalcalde e impulsor del monumento, por aquellas fechas gobernador civil de Sevilla, que había venido expresamente para la ceremonia–, se fueron reuniendo en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza. Sobre las once y media, llegaron monseñor Tedeschini y el obispo de Córdoba, Adolfo Pérez Muñoz. A continuación, los allí congregados se dirigieron en comitiva hacia la plaza de Capuchinas¹⁷.

Se inició el acto inaugural con la interpretación de la *Marcha Real* y un repique de campanas. Después, el nuncio procedió a la bendición de la estatua. Y tras tomar asiento en la tribuna presidencial las autoridades invitadas, dio comienzo el turno de los discursos que, entre elogios a los promotores del monumento y al artista que lo había labrado, pusieron de manifiesto las verdaderas intenciones de su erección¹⁸.

En primer lugar habló Pedro Barbudo y Suárez, el alcalde de la ciudad. Inició su disertación agradeciendo al nuncio su presencia, que valoró como muestra evidente de su cariño por Córdoba y sus habitantes. Continuó diciendo que no se atrevía a reseñar la biografía de Osio, después de la magnífica pastoral del Dr. Pérez Muñoz, pero que cualquier episodio de su vida justificaría la erección del monumento. Destacó la iniciativa del prelado cordobés para que éste se llevase a cabo, y la calurosa acogida prestada a la idea por su antecesor en la alcaldía de la ciudad, el Sr. Cruz Conde. Rogó a monseñor Tedeschini transmitiese la filial adhesión del pueblo cordobés al Santo Padre. Y finalizó elogiando la obra de Lorenzo Coullaut Valera. Después, tras saludar al nuncio, subió a la tribuna de autoridades en compañía del escultor Coullaut Valera¹⁹.

Entonces tomó la palabra Adolfo Pérez Muñoz, obispo de la diócesis. Empezó destacando el magnífico espectáculo ofrecido por el pueblo cordobés con su fervorosa presencia en la Santa Misa celebrada horas antes, testimonio del amor de Córdoba al Papa. Se refirió luego al monumento, donde, entre otras cosas, se interpretaba la comunión del poder espiritual y del poder civil, representados por la conversación entre Osio y Constantino, “que aparece olvidado de sus sueños de ambición”. Luego, continuó recordando la peregrinación a Roma, que comparó con la adoración de los Magos de Oriente al Niño Dios, y las complacientes palabras con las que el Pontífice aprobó la visita y la erección del monumento, a cuyo mecenas, el señor Cruz Conde se refirió en elogiosos términos. Antes de terminar, señaló como Córdoba estaba saliendo del marasmo en el que se hallaba, para recuperar su esplendor material y espiritual, del que la estatua de Osio sería vigía y rector. Y concluyó ofreciendo su vida y su esfuerzo al pueblo de Córdoba²⁰.

Dieron fin a los discursos las palabras del nuncio papal, monseñor Tedeschini, quien comenzó agradeciendo, en nombre de Pío XI, la participación del pueblo cordobés en la empresa que aquellos actos culminaban, y más concretamente a su obispo, continuador

17 “El nuncio de Su Santidad inaugura el monumento erigido a Osio”, en *Diario de Córdoba*, Córdoba, 27-IV-1926, págs. 1 y 2.

18 *Ibidem*.

19 *Ibidem*.

20 *Ibidem*.

de la obra de Osio, y a su alcalde, personalidades que habían posibilitado la erección del monumento. Después, elogió la magnífica labor de Coullaut Valera, que había logrado plasmar la figura material y espiritual del “vencedor de Arrio”. En el mismo tono, constató la religiosidad del pueblo cordobés, que se había puesto claramente de manifiesto, con su masiva presencia, en las celebraciones litúrgicas de aquella mañana, en la catedral. Refiriéndose a Osio, dijo que nadie en el mundo había representado al sumo pontífice y a su magisterio como él, de tal modo, que a través del monumento, Córdoba hacía una obra de amor pétreo a la religión y a la fe. Destacó entre los hijos ilustres de Córdoba al Gran Capitán y a Osio, aunque sobrepujo a éste por cuanto ganó más tierras, luchando contra la herejía tan sólo con la voluntad y la inteligencia, al punto que lo calificó como “el ciudadano más digno de España”, por su labor en la consolidación de los fundamentos de la Iglesia. Finalizó diciendo, que pedía a Dios para que España se conservase siempre cristiana, y que el Papa, cuando supiese de aquellos actos, sentiría la misma satisfacción que cuando recibió a los peregrinos²¹.

A continuación sonó la *Marcha Real*, celebrada por el público asistente con una entusiasta ovación, y se dio por finalizado el acto²².

Concluamos estos antecedentes históricos, señalando que Lorenzo Coullaut Valera cobró por su trabajo 65.000 pesetas, que le fueron abonadas en 1926 y en dos plazos: el primero por un importe de 62.000 pesetas y el segundo por otro de 3.000 pesetas²³.

DESCRIPCIÓN

Situado en la cordobesa plaza de Capuchinas, constituye uno de los más bellos monumentos de su casco urbano. A su realce estético contribuyen de manera notable, tanto la abundante floresta que lo circunda como los bancos y el pavimento que el Cabildo cordobés colocó para ennoblecer el lugar con motivo de su inauguración. Precisamente en el diseño de su empedrado donde se dibujaban hojas y volutas, Coullaut introdujo un interesante juego de texturas y colores, mediante el empleo de diversos materiales –bronce, grafito y mármol–, con el que se lograba una perfecta armonía ente el marco urbano y el monumento²⁴.

Siguiendo los gustos de la época, el monumento a Osio se compone de dos apartados artísticos, el arquitectónico, constituido por el pedestal, y el escultórico, integrado por la estatua que lo corona y los tres bajorrelieves que decoran sus caras.

El pedestal, a su vez, lo conforman zócalo, neto y cornisa. El primero está precedido de una doble grada de granito, con las esquinas achaflanadas en un ritmo quebrado que busca adaptarse al perímetro del zócalo, a su vez marcado por el del neto. Así mismo,

21 *Ibidem*.

22 *Ibidem*.

23 Archivo de los Herederos de Lorenzo Coullaut Valera, *Libro de cuentas de María Teresa Mendigutía Morales*, s/p.

24 De todas formas, el arquitecto municipal, resolvió el diseño pavimental de Coullaut Valera usando sólo guijarros de colores, a la manera tradicional cordobesa.

el área del primer y segundo peldaño va decreciendo a fin de adaptarse a la del zócalo. Éste, en mármol, queda compuesto por una sucesión de complejas molduras, todas ellas con las esquinas quebradas, siguiendo la línea trazada por las gradas. La inferior tiene una sección transversal acampanada, estando sus caras ornamentadas con estrías que la dotan de un carácter radiforme. Sobre ella, un toro, una escocia orlada de perlas y un filete. El neto, por encima, presenta un núcleo prismático de granito. En sus caras lleva cajeados rectángulos, de doble alto que ancho, que contienen relieves en bronce sobre montados por placas en mármol portadoras de inscripciones y lábaros. Completa el basamento la cornisa, tratada como un entablamento dórico. Sin arquitrabe, el friso alterna metopas ciegas con triglifos, de los que penden las gotas. Por encima de éste se coloca el cornisamiento, donde se superponen un listel, un cuarto de bocel enriquecido con ovas, y otro listel, en el que descansa un ábaco. Finalmente, corona el pedestal, actuando como intermediación entre éste y la peana de la estatua, una especie de basa cuadrangular. La componen un plinto, sobre él un tablero de área algo menor y por encima un segundo plinto adornado en sus caras anterior y posterior con dobles cartelas, simulando un frontón, y en las laterales con rodetes.

Los elementos escultóricos del conjunto quedan constituidos por la estatua de Osio y los relieves. La primera está labrada en mármol y es de proporciones heroicas. Muestra al Obispo anciano, de pie, apoyado en su báculo episcopal –fundido en bronce–, con el brazo derecho en alto y gesto inflexible, advirtiendo a sus fieles sobre la iniquidad de no seguir la ortodoxia. Viste túnica, hábito y casulla episcopales, y lleva colgada del cuello la cruz pectoral.

Los tres relieves cuadrangulares de bronce, se sitúan en las caras, frontal y laterales, del pedestal, que para recibirlos se cajean en rectángulos verticales de doble altura que anchura. Ello le permite al escultor colocar por encima de cada uno de ellos sendas lápidas de mármol, en las que aparece labrado el lábaro constantiniano. Narran las hazañas más sobresalientes de la vida del prelado. El de la cara frontal nos sitúa ante un escenario palaciego, como indican las arquerías de medio punto, sostenidas por columnas torsas, que cierran el fondo. Ante ellas aparecen conversando Osio y Constantino. Éste, viste galas imperiales –corona, coraza, manto y cetro– y se sienta en un trono, a su vez elevado sobre una grada, con los pies descansando encima de un cojín. Mayestático y atento, escucha las palabras del obispo quien frente a él, en pie y vestido con sencillos ropajes sacerdotales parece hablarle de cosas divinas, según se desprende de su gesto, señalando con el brazo derecho hacia las alturas, mientras que con la mano izquierda sujeta la cruz de su cuello. El del lateral derecho, también desarrolla su argumentario en un interior arquitectónico, durante la celebración del Concilio de Nicea. Presenta a Osio de pié, en su cátedra, hablando con la autoridad que fundamentaba su profundo conocimiento de las Sagradas Escrituras, las cuales, en forma de rollos y para que no quepan falsas interpretaciones, sostiene en sus manos. A su izquierda tres conciliares, dos ancianos, sentados, y otro más joven, en pie, parecen secundar sus juicios; mientras que otro, a su derecha, se pone en pie y se marcha con gesto contrariando, dándole la espalda. Finalmente, el relieve del lado izquierdo, también desarrolla la escena en

un interior arquitectónico, trazado por un fondo de arcos de medio punto sostenidos por columnas. Ante él, prácticamente en el centro, con los brazos atados a la espalda y el torso semidesnudo, aparece Osio, sufriendo martirio durante la persecución de Diocleciano y Maximiano. Se presenta casi frontal, dirigiendo sus ojos hacia Dios en las alturas, pero abatido por los golpes que le da el soldado colocado a su derecha, quien tira de las cuerdas que lo sujetan y le arrastra junto al sacerdote pagano situado a su izquierda. Éste, vestido con las galas de su condición –toga, manto cubriéndole la cabeza y corona de laurel sobre las sienes–, le ofrece la salvación a cambio de renegar de su fe en Cristo. Para ello, tan sólo tiene que hacer un sacrificio, con el incienso que le ofrece en una escudilla, echándolo en el trípode, ornado con figuras desnudas, que tiene ante sí, junto al pedestal sobre el que se yergue la imagen de uno de sus dioses.

En la trasera del monumento aparece la siguiente inscripción: “A/ OSIO/ OBISPO/ CONFESOR D. CRISTO EN EL TORMENTO/ CONSEJERO D. CONSTANTINO EL GRANDE/ EN EL XVI CENTENARIO DEL CONCILIO/ DE NICEA QUE PRESIDÓ/ DEDICA ESTE MONUMENTO/ POR INICIATIVA DE SU PRELADO/ EL PUEBLO DE CORDOBA/ XXXI XII MCMXXV”.

La firma del escultor, “LORENZO/ COVLLAVT/ VALERA/ 1925”, se sitúa en el costado izquierdo de la peana de la estatua y en la zona inferior de los tres relieves, aunque en el del lateral izquierdo se percibe un pequeño cambio en los dígitos de la fecha “LORENZO/ COVLLAVT/ VALERA / 925”.

El monumento se eleva hasta los 6 metros y ocupa una superficie de 1’46 por 1’46 metros. La estatua tiene una altura de 3 metros y los relieves unas dimensiones de 65 por 65 centímetros. El estado de conservación del conjunto es bastante bueno, aunque los relieves muestran las señales de las pintadas clandestinas y a la estatua de Osio le falta el extremo inferior del bronceo báculo.

ICONOGRAFÍA

En su tratamiento iconográfico e iconológico, este monumento es heredero del didactismo que el arte oficial del siglo XIX otorgó a ese género escultórico, donde la solución más frecuente era el recurso a la Historia, de la que se extraía un personaje o un acontecimiento que actualizado por la vía de la conmemoración sirviese de referente moral a los ciudadanos que lo contemplasen, una vez recreado en mármoles y bronceos. En esta ocasión, sus promotores, el obispado y el Ayuntamiento cordobeses, rescataron del pasado local a Osio, ilustre y sabio prelado de la primitiva Iglesia hispana, cuyo protagonismo histórico fue fundamental en la institucionalización del cristianismo como religión oficial del imperio y en la derrota de la herejía arriana.

A pesar del importante papel que jugó Osio en la Iglesia del siglo IV, no están muy claros los detalles de su biografía. Debió nacer en Córdoba c. el 256, en el seno de una importante familia romana, lo que explicaría su profunda formación teológica y su nombramiento como obispo de aquella sede, c. el 295. Asistió al concilio de Elvira, el primero celebrado en España, c. el 300, siendo modélicos los 81 cánones que de él

salieron, en cuya redacción participó de manera destacada. Durante la persecución de Diocleciano y Maximiano (303-304), sufrió martirio por no renegar de su fe. El gran prestigio del que gozaba en la Bética, le llevó hasta Roma, c. el 312-313, donde Constantino, quien tras sus visiones y la victoriosa batalla del Puente Milvio, el 28 de octubre de 312, estaba iniciando su aproximación al cristianismo, le convirtió en su consejero en materia religiosa, debiendo influir en su misma conversión. Desconocemos los detalles de su posible influencia en la redacción del Edicto de Milán (313), pero sería notable, dada la amistad y confianza que el emperador tenía depositadas en él. Éstas hicieron que le comisionara para la resolución de importantes conflictos, como los de los donatistas, colutianos y arrianos, que minaban la unidad religiosa de la cristiandad, y por ende del Imperio. Su intervención más importante fue en el cisma arriano. Como legado imperial viajó hasta Alejandría en el 324, para conocer directamente el problema y mediar entre Arrió y Atanasio. Dada la imposibilidad de acuerdo, y ante la magnitud de la herejía, que negaba la divinidad del Hijo y su consubstancialidad con el Padre, regresó a Roma y aconsejó a Constantino la celebración de un concilio que le diera solución. Éste tuvo lugar al año siguiente, el 325, en Nicea. Presidido por el mismo Osio, fue el primero ecuménico y a él asistieron 318 obispos. Su papel fue muy importante sobre todo en la redacción de sus cánones y especialmente en la del Símbolo de la Fe (el Credo Niceno), donde se condenaban las principales tesis de esta herejía. Aunque Arrio fue desterrado, la presencia de sus partidarios en la misma corte, como la hermana del emperador o su pariente Eusebio de Nicomedia, obispo de Berytus, permitió que el arrianismo se fuese extendiendo. Así, tras la muerte de Constantino (337) y en busca de la unidad perdida por la iglesia, fue convocado el concilio de Sárdica (343). Presidido por Osio, a pesar de las muchas concesiones ofrecidas, no se consiguió que los arrianos volvieresen a la ortodoxia. Osio se retiró entonces a Córdoba, mientras el arrianismo se propagaba por el imperio. Con la llegada al poder de Constancio II, partidario de los arrianos, convocó el concilio de Milán (355), en el que se dispuso a Atanasio, obispo de Alejandría, y se mandó detener a todos los obispos que no aceptaran esta deposición. Al negarse Osio se le hizo comparecer en Milán, donde se le presionó sin éxito, por lo que el emperador lo desterró a Sirmio. Allí morirá al año siguiente, en el 357, a los 101 años²⁵.

Coullaut Valera concibió su monumento a la manera tradicional: una estatua que presentara al egregio personaje, en este caso el obispo Osio, ante la mirada de la ciudadanía; y un pedestal que la destacara del tejido urbano, pero que además —a través del estilo arquitectónico utilizado en su diseño— enmarcara históricamente al homenajeado y fuera el soporte tanto de la dedicatoria como de los bajorrelieves alusivos a los principales hitos de su biografía.

25 “Concilio de Elvira”, en *Wikipedia*, http://es.wikipedia.org/wiki/Concilio_de_Elvira [27-05-2009, 13:33] “Concilio de Elvira”, en *Enciclopedia Católica*, <http://ec.aciprensa.com/c/concilioelvira.htm> [27-05-2009, 13:37]. YABEN, Hilario, *Osio: obispo de Córdoba*, Barcelona, Labor, 1948, *passim*. “Concilio de Nicea I”, en *Wikipedia*, http://es.wikipedia.org/wiki/Concilio_de_Nicea_I, [28-05-2009, 10:19].

Según su costumbre, Coullaut Valera procuró resolver la arquitectura del pedestal de acuerdo con su funcionalidad sustentante, pero también con la de enmarcar históricamente al efigiado, sin descuidar tampoco la introducción de una serie de claves simbólicas que explicaran el sentido inspirador del conjunto. En primer lugar, puesto que Osio vivió a finales del Imperio Romano, elige para el tratamiento de sus elementos un lenguaje clasicista, de modo que traza una especie de templete de orden dórico, como señala el friso que lo corona –donde no se esconde la referencia al carácter viril del personaje– y el decorativo frontón resuelto con dos cartelas afrontadas. En segundo lugar, lo eleva sobre un graderío compuesto por dos peldaños, aludiendo al número dos, que dentro de la simbología cristiana señalaba la doble naturaleza de Cristo, la divina y la humana²⁶, idea en cuya defensa destacó Osio. Y en tercero, y último, coloca en sus tres caras historiadas, por encima de los relieves en los que se narraban los principales acontecimientos de la biografía del obispo cordobés, el lábaro motivo que los sitúa en el tiempo, recordando el fin de las persecuciones, la conversión del Imperio a la fe cristiana, pero sobre todo su papel en la política imperial de Constantino, donde Iglesia y Estado marcharon a la par.

En cuanto a la escultura, la estatua busca caracterizar la fisonomía –idealizadamente– y la personalidad de Osio, mientras que los relieves describen los principales hechos de su biografía, esencialmente, aquellos que lo hacían digno de aquel homenaje pétreo y que se señalaban en la dedicatoria del monumento: su martirio, el ser consejero de Constantino y su presidencia del Concilio de Nicea. La estatua que corona el conjunto, nos lo presenta en los comienzos de la ancianidad, por los años en los que fue consejero de Constantino, la etapa más trascendental de su vida. Apoyado en el báculo episcopal, sus facciones muestran un temperamento sobrio e interiorizado, mientras que su actitud, con el brazo en alto, a pesar de que parece bendecir, advierte de la firmeza de convicciones con la que luchó, dialéctica pero encarnizadamente, por mantener la ortodoxia católica frente a posiciones heréticas. Sus ropas, buscan asemejar la de los primeros obispos cristianos, aunque por su precisión y detalles litúrgicos parecen más un trasunto actualizado y anacrónico de los tradicionales hábitos sacerdotales católicos. De dentro a fuera, se cubre con: el alba, símbolo de la inocencia y la pureza, y que si tiene su origen en la guardarropía romana; el roquete, un a modo de alba corta, propia de obispos y canónigos; un cíngulo, con el que se ciñe ambas prendas, y que también tiene su origen en Roma, significando la castidad del sacerdote; y la casulla, también de la época imperial. Son en su conjunto vestimentas litúrgicas, propias del Sacrificio de la Santa Misa, pero usadas como ropas de calle para demostrar claramente su condición de obispo cristiano y sus virtudes sacerdotales. Completan su atuendo las cruces que luce, en el cuello y sobre la casulla, y el báculo episcopal. Éste, simboliza el origen divino del poder que ostenta en la jerarquía eclesiástica, pero para que no quepan dudas católica, como subraya el triángulo que lo remata y que quiere recordar el misterio de

26 FERGUSON, George, *Signos y símbolos del arte cristiano*, Buenos Aires, 1956, pág. 224.

la Santísima Trinidad, precozmente defendido por Osio frente a los ataques que contra él hicieron las herejías de su tiempo²⁷.

Por su parte, los relieves detallan tres de los grandes acontecimientos de la vida de Osio: la gran amistad que le unió con Constantino, su participación en el concilio de Nicea y el martirio que sufrió por no renegar de su fe. El primero de los asuntos se desarrolla en el situado al frente del pedestal. Muestra una escena áulica, donde el emperador, entronizado y con los atributos de su poder –la coraza, el cetro, el manto y la corona –, escucha las palabras de Osio– en pie ante él y ataviado con sencillas ropas sacerdotales –, quien por el gesto de sus manos y la pequeña cruz que sostiene, parece hablarle de cuestiones celestiales. Con él se busca recordar la positiva influencia que ejerció sobre este monarca, que acabó con las persecuciones e hizo del cristianismo la religión oficial del imperio. En el del lateral derecho, la historia que se narra es la de la participación de Osio en el Concilio de Nicea, donde desmontó teológicamente las heréticas tesis arrianas, con la aprobación del Credo por él inspirado y el destierro, tras excomunión, de su principal impulsor. Así, le vemos en pie, junto a dos conciliares, sentados y de luengas barbas –quizá Alejandro y Atanasio de Alejandría, sus más firmes apoyos–, mientras que argumentando la ortodoxia en base a las Sagradas Escrituras, cuyos rollos sostiene, expulsa del seno de la Iglesia a Arrio, quien derrotado abandona simbólicamente la sala. Finalmente, en el relieve del lateral izquierdo, se evoca el martirio que sufrió por los sicarios imperiales durante la persecución decretada por Diocleciano y Maximiano. Así, presenta a Osio relativamente joven, semidesnudo, maniatado y golpeado por un soldado romano, mientras rechaza el ofrecimiento de un sacerdote pagano, de librarse de las torturas si sacrifica incienso a su dios y reniega de Cristo²⁸.

ANÁLISIS ESTILÍSTICO

Cuando Lorenzo Coullaut Valera (1876-1932) recibe en 1925 el encargo de realizar el monumento a Osio se encontraba en plena madurez de su carrera escultórica, iniciada a comienzos de siglo XX, después de formarse en Sevilla con Antonio Susillo y en Madrid con Agustín Querol. La primera etapa de su evolución estilística la define en la senda de un realismo de sugerencias simbolistas y modernistas, pero tras la Primera Guerra Mundial la abandona, para iniciar una segunda, donde su vertebral naturalismo busca seguridades entre un depurado realismo, no ajeno a los requerimientos del arte oficial, y las propuestas de renovación propiciadas en España por el realismo castellano y el clasicismo mediterraneista. Éstas, en los últimos años de su producción, parecen marcar un cambio de rumbo estilístico, que fue cercenado por su repentina muerte. Aunque también cultivó con éxito y magníficos resultados la imaginería religiosa, el

27 *Ibidem*, págs. 228, 230, 238 y 253. CIRLOT, Juan Eduardo, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Labor, 1992, págs. 96, 130 y 448.

28 YABEN, Hilario, *Osio: obis*, op., cit., págs. 37-52, 55-74.

retrato o la escultura ornamental, su especialidad fueron los monumentos públicos, llegando a hacer, a lo largo de su itinerario artístico, casi una treintena entre España e Hispanoamérica. Para la fecha de esta obra, llevaba realizados los madrileños a los Saineteros, Campoamor, Menéndez y Pelayo y Echegaray; los andaluces a Bécquer, Alvarado, la Inmaculada Concepción, Colón, marqués de Casa Domecq; los gallegos a Curros Enríquez, Emilia Pardo Bazán y Enrique Peinador; el de Luis Adaro, en Sama de Langreo; el de Pereda, en Santander; y el de Navarro Villoslada, en Pamplona²⁹.

29 Véase sobre Lorenzo Coullaut Valera (1876-1932): SERRANO FATIGATI, Enrique. *La escultura en Madrid desde mediados del siglo XVI hasta nuestros días*. Madrid, Hauser y Menet, 1912, págs. 388-390. CASCALES MUÑOZ, José. *Las Bellas Artes Plásticas en Sevilla. La pintura, la escultura y la cerámica artística desde el siglo XIII hasta nuestros días*. Toledo, 1929, t. II, págs. 66-71. PANTORBA, Bernardino de, *Historia y crítica de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes*, Madrid, Alcor, 1948, pág. 342. GAYA NUÑO, Juan Antonio “Arte del siglo XX”, en *Ars Hispaniae*, t. XXII, Madrid, Plus Ultra, 1977, pág. 85. BANDA Y VARGAS, Antonio de la. “Semblanza del escultor Lorenzo Coullaut Valera”, en *Boletín de Bellas Artes*, 2.ª época, n.º VII, Sevilla, 1979, págs. 45-59. PÉREZ COMENDADOR, Enrique, “Memoria y homenaje a Lorenzo Coullaut Valera”, en el *Boletín de Bellas Artes*, 2ª época, n.º VII, Sevilla, 1979, págs. 64-71. NAVASCUÉS PALACIO, Pedro, PÉREZ REYES, Carlos y ARIAS DE COSSÍO, Ana María, “El siglo XIX”, en *Historia del Arte Hispánico*, t. V, Madrid, Alhambra, 1979, págs. 215-216. SAMBRICIO Y RIVERA ECHEGARAY, Carlos, PORTELA SANDOVAL, Francisco y TORRALBA SORIANO, Federico, “El siglo XX”, en *Historia del Arte Hispánico*, t. VI, Madrid, Alhambra, 1980, pág. 153. BLÁZQUEZ SÁNCHEZ, Fausto. *La escultura sevillana en la época de la Exposición Iberoamericana, 1900-1930*, Ávila, 1989, págs. 107, 108, 117-120, 154, 159, 160, 162, 163, 167. REYERO, Carlos, y FREIXA, Mireia. *Pintura y escultura en España, 1800-1910*, Madrid, Cátedra, 1995, págs. 274, 275, 281, 283, 286, 295. GAJATE GARCÍA, José María, *La obra escultórica de Lorenzo y Federico Coullaut Valera en Madrid*, Madrid, 1997. ÁLVAREZ CRUZ, Joaquín Manuel: “Coullaut Valera, ciento cincuenta años”, en *23 de Febrero, Crónica de un Pueblo en Marcha*, n.º 3, Sevilla, 1982, pág. 28; “El escultor Lorenzo Coullaut Valera”, en *Municipio*, año II, segunda época, n.º 5, San Juan de Aznalfarache, octubre 1982, págs. 16 y 17; “La Anunciación, una estatua de Lorenzo Coullaut Valera en el Museo Municipal de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife”, en *Laboratorio de Arte*, n.º 9, Sevilla, 1996, págs. 373-378; “Monumento a Curros Enríquez”, en *Boletín del Instituto de Estudios Vigueses*, año VI, n.º 6, Vigo, 2000, págs. 269-279; “El monumento a José María de Pereda en Santander”, en *Altamira*, n.º LVIII, Vol. II, Santander, segundo semestre del 2001, págs. 253-292; “Lorenzo Coullaut y las estatuas de Alfonso X y Justiniano para el palacio del Tribunal Supremo”, en *Madrid*, n.º 4, Madrid, 2001, págs. 315-333; “El monumento al marqués de Casa Domecq” en *Historia de Jerez*, n.º 7, Jerez de la Frontera, 2001, págs. 207-223; “Sagrado Corazón del Colegio de los Jesuitas de Vigo, en *Boletín del Instituto de Estudios Vigueses*, año VII, n.º 7, Vigo, 2001, págs. 429-441; “Temas bíblicos en la obra de Lorenzo Coullaut Valera”, en *Estudios Franciscanos*, vol. 103, n.º 432, Barcelona, enero-agosto 2002, págs. 159-181; “El mausoleo en Tetuán al general don Francisco Gómez Jordana, Alto Comisario de España en Marruecos”, en *Cuadernos del Archivo Central de Ceuta*, n.º 15, Ceuta, 2006, págs. 385-405; “El monumento a Navarro Villoslada en Pamplona”, en *Boletín Museo e Instituto “Camón Aznar”*, n.º XCIX, Zaragoza, 2007, págs. 7-42; “Lorenzo de Coullaut”, en *Laboratorio de Arte, 100 años de investigación del patrimonio artístico y cultural (1907-2007)*, Sevilla, Diputación-Universidad de Sevilla-Santander Hispano, 2007, págs. 76-77; “La escultura sevillana durante el primer tercio del siglo XX”, en JIMÉNEZ DE ARAGÓN SIERRA, Pedro (Coord.), *Escultores sevillanos del siglo XX*, Huelva, Fundación Caja Rural del

Con este bagaje, y en plenas facultades creativas, pues todavía, y en el terreno de los monumentos habría de ejecutar varios más –como los de Juan Valera, Cervantes y Hermanos Álvarez Quintero, en Madrid; infanta Isabel de Borbón, en La Granja de San Ildefonso; Félix Arenas, en Molina de Aragón; Yanguas, en Linares; los del Sagrado Corazón de Jesús en Bilbao y Córdoba, y Zabala, en Montevideo³⁰–, cuando enfrenta el monumento a Osio, procura, según su costumbre, adaptarlo al marco en el que se habría de erigir, una recoleta plaza cordobesa. Dado que su perímetro se cerraba, y cierra, en dos de sus caras, lo que dificultaba en el trasiego urbano su contemplación en derredor y a la vez primaba la frontal, lo resuelve de modo que el espectador lo vea de frente, A tal fin, potencia esta focalidad con el uso algunos recursos escenográficos. Apoya el conjunto monumental sobre un fondo vegetal, constituido por la floresta plantada tras él –en un principio palmeras, hoy también setos y otras especies arbóreas–, que además dificulta físicamente la visión de su cara posterior; y abre ante él un espacio cuadrangular para su más detenida mirada. Este ámbito lo define con los cuatro bancos –de traza clásica– que flanquean tres de sus lados, con el pavimento de guijarros bicolors –imitando un mosaico tardorromano– que lo cubre y con la elevación de su cota, a través de dos gradas, sobre la general de la calle. Por otra parte, en el monumento propiamente dicho, potencia la verticalidad y la frontalidad. La primera para que no quede eclipsado por los edificios circundantes y la segunda, para que no permanezcan ocultos ninguno de sus elementos significativos. De este modo el pedestal es muy elevado, la estatua muestra al prelado en pie y con el brazo en alto, dirigiéndose al espectador que tiene ante sí, y los relieves de las caras laterales, además de adornarlas e ilustrarlas, potencian la focalidad con la desaparición del correspondiente a la posterior. Pero su preocupación por contextualizar, va más allá del entorno arquitectónico y urbanístico. Coullaut Valera, que de niño había vivido en Córdoba –llegó a ser alumno de la academia de Bellas Artes dirigida por Rafael Romero Barros– y por razones familiares –era sobrino nieto de Juan Valera– conocía perfectamente la idiosincrasia de la ciudad, quería que su trabajo se adaptara a ella, o al menos a una de sus vertientes, la clásica, más aun cuando homenajeara a un relevante exponente de ella, aunque fuera tardío. De este modo, en la resolución estilística del conjunto, elige el lenguaje clásico, y dentro de él, el tardoimperial romano, que por su severidad, consecuente a la rudeza derivada de la

Sur, 2008, págs. 22, 23, 36-40, 46-50, 64-67, 88, 92; “El monumento a Emilia Pardo Bazán en La Coruña”, en *Boletín Museo e Instituto “Camón Aznar”*, nº CIII, Zaragoza, 2009, págs. 7-36; “El retrato en la obra de Lorenzo Coullaut Valera”, en AA. VV. *Estudios de Historia del Arte. Centenario del Laboratorio de Arte (1907-2007)*, Sevilla, 2009, t. II, págs. 45-66.

30 ÁLVAREZ CRUZ, Joaquín Manuel: “El monumento al capitán Félix Arenas”, en *Wad-al-hayara*, nº 27, Guadalajara, 2000, págs. 181-193; “Monumento a la infanta Isabel de Borbón en el palacio real de La Granja de San Ildefonso”, en *Estudios Segovianos*, tomo XLII, nº 100, Segovia, 2000, págs. 19-32; “El monumento a Bruno Zabala en Montevideo”, en *Laboratorio de Arte*, nº 15, Sevilla, 2002, págs. 227-251; “El monumento a D. José Yanguas Jiménez, en Linares”, en *Boletín de Estudios Giennenses*, año XLVIII, nº 181. Jaén, enero/junio 2002, págs. 213-225; “El monumento al Sagrado Corazón de Bilbao”, en *Ondare, Cuadernos de Artes Plásticas y Monumentales*, nº 22, San Sebastián, 2003, págs. 5-44.

decadencia por la que avanzaba, se adecuaba a sus pretensiones y también al pretendido establecimiento del marco cronológico y psicológico del homenajeado.

Esta elección de lenguaje estilístico clásico para la ejecución del monumento, además de por búsquedas contextuales, también se explica en el marco de la dinámica artística del propio escultor y del ambiente artístico hispano de su época. Coullaut Valera, dentro del comentado naturalismo de su estilo, durante la tercera década del siglo XX, se suma, con mayor o menor intensidad a las exploraciones plásticas del realismo castellano y del mediterraneismo catalán, que tuvieron como referente la escultura clásica, grecolatina o renacentista, aunque desde perspectivas antiacadémicas, es decir, rechazando el eurítmico modelo fidiaco. Por otra parte, el arte español de esos momentos, en manos de los artistas de la Generación de 1914, avanzaba por un clasicismo renovado, que en su racionalismo permitía la introducción de elementos procedentes de la vanguardia, que actuaban como fermentos renovadores. En consecuencia, era la opción preferente.

De este modo, la arquitectura del monumento se resuelve dentro de un clasicismo que quiere recordar soluciones del bajo imperio romano, pero interpretadas con un concepto ecléctico renovado del que no resultan ajenos algunos ecos vieneses y centroeuropeos. Éstos debieron llegarle a través de sus frecuentes colaboraciones con el joven arquitecto Pedro Muguruza, que también fue su discípulo. Su presencia, da un toque novedoso al pedestal, que se carga de funcionalidad sustentante, sencillez, corrección formal y elegancia compositiva. En consecuencia, la arquitectura del monumento contribuye a actualizarlo y a dotarlo de los aires de modernidad que demandaba este género y que los escultores del momento estaban introduciendo.

En la escultura del conjunto, también avanza por la senda del clasicismo, aunque en su desarrollo podía hablarse de dos interpretaciones: la de la estatua de Osio y la de los bajorrelieves. En la primera, quizá el elemento escultórico más comprometido del monumento, Coullaut Valera mantiene claras concesiones al arte oficial, a fin de colmar las expectativas de su comitente, el Ayuntamiento de Córdoba. La figura del prelado se ofrece solemne, colosal y retórica, resuelta con enorme corrección formal y dotada de una gran naturalidad, lo que refuerza la cercanía de su expresión, aunque sea adusta. No obstante, muestra los deseos de renovación plástica en cuatro aspectos: en el rostro del prelado, cuyo modelo son los retratos de la Roma republicana; en la composición de la estatua, donde prima el respeto al bloque de mármol en el que va tallada; en la resolución de los pliegues de sus vestiduras, que acusan una clara potenciación formal; y en la simplificación del modelado, donde se minoran los detalles. De todas maneras, donde estas aspiraciones se aprecian más claramente es en los bajorrelieves. En ellos busca una interpretación novedosa de los tradicionales relieves de tema histórico, que con ánimo descriptivo y realista recreaban la época, el asunto y los personajes, con abundantes toques retóricos. A tal fin, mira hacia los ejemplos que le ofrece la Roma bajoimperial y Bizancio, donde los relieves alcanzaron un gran desarrollo, pero donde también se produjo una reinterpretación de los postulados estéticos clasicistas por efecto del influjo oriental.

Siguiendo estos modelos y sus recursos, busca un nuevo tratamiento, simplificado, expresivo y plástico del bajorrelieve que le permita distanciarse de las soluciones triunfantes en la escultura académica y oficial, fundamentalmente del pictoricismo que la embargaba. Para ello, renuncia a las amplias perspectivas y prefiere disponer las figuras sobre un fondo plano, unas arquerías, que recuerdan las que frecuentemente aparecían en los sarcófagos paleocristianos, aunque no las emplea como en éstos para compartimentar escenas y personajes, sino para cerrar los fondos. Aún así, su presencia mantiene el ritmo equilibrado y marcadamente ornamental de aquellos, como quiere recordar la columna torsa que se muestra en el centro del relieve de Osio y Constantino. En paralelo, las figuras buscan ocupar todo el plano relivario, evitando la superposición y reforzando su protagonismo, lo que potencia su expresividad. En el uso de la perspectiva, introduce ciertos desajustes y durezas, que tienen su origen en sus modelos y que le permiten reforzar lo plástico sobre lo pictórico, y también la expresión. De este modo, las figuras, aunque estén en escorzo se muestran muy frontales, como si se extendieran. Con ello el modelado se simplifica y la sensación de volumen se incrementa. No hay que simular la profundidad, como se aprecia en el tratamiento del plegado de los ropajes, muy lineal, en grandes bandas, lo que da por resultado un aumento de la plasticidad. Se consigue así, una síntesis entre el pasado y el presente, en un intento de crear algo nuevo, al hilo de las vanguardias escultóricas que proliferaban por la España del momento y que deseaban partir de la estatuaria clásica para obtener una plástica novedosa.

Así pues, dentro de la evolución estilística de Lorenzo Coullaut Valera, el monumento a Osio representa un trabajo de plena madurez, en el que, si bien prolonga su substancial naturalismo, correcto, monumental, sereno y sobrio, también se lanza a cuestionar su propio quehacer, y lo hace por los cauces que le marcan las corrientes de renovación triunfantes en la España del momento: los del clasicismo no académico, es decir el de sus fases formativas o el de sus momentos tardíos. De este modo, y en este caso, dejándose guiar por las lecciones del arte romano bajoimperial, reduce los recursos pictóricos, minora los detalles y potencia las formas. Los resultados obtenidos, apuntan las soluciones plásticas por las que en adelante transitaría su obra.

Fecha de recepción: 30 de septiembre de 2010.

Fecha de aceptación: 21 de enero de 2011.



Figura 1. Monumento a Osio. Córdoba, 1926.



Figura 2. Monumento a Osio. Córdoba, 1926.



Figura 3. Boceto de la estatua de Osio desde diferentes ángulos.



Figura 4. Bocetos de dos
bajorrelieves del monumento a
Osio: *Osio ante Constantino* y
Osio en el Concilio de Nicea.



Figura 5. Monumento a Osio.



Figura 6. Estatua de Osio.



Figura 7. Bajorrelieve: *Osio dando testimonio de su fe.*



Figura 8. Bajorrelieve: *Osio ante Constantino.*



Figura 9. Bajorrelieve: *Osio en el Concilio de Nicea.*